

te que su pintura, desde 1894, vino a ser la expresión del realismo como actitud, por medio del impresionismo como método. Velazqueñamente, mantuvo en sus lienzos la caracterización enfática e inequívoca, psicológica y anatómica, de personas y lugares; el análisis cromático no le llevó nunca al falseamiento del natural mediante el abuso de tonos puros o exclusivamente claros; guardándose de la excesiva dependencia en la aptitud delimitadora de los valores, evitó siempre el descuido de la línea, antes se gozó en subrayarla. Un cuadro siguió siendo para él, no un simple estado atmosférico, sino una realidad tangible, dinámica, humana: un juego de formas en que la composición era de capital importancia. Después de 1899, apartándose del ejemplo de los Monet, Pissarro, Renoir, hace Sorolla su brochazo más amplio, más persistente y constructivo. Diríase que el artista tiende, como su compatriota Zuloaga, a darle una expresividad plástica, casi escultural, a su pincelada. Pero ya advierte el exquisito crítico americano Huneker que

no se le puede atar a una fórmula particular. Su factura, en otras manos, sería tosca, precipitada, metálica, áspera y demasiado *fortissimo*. A veces es todas esas cosas desalentadoras. Pero Sorolla nos lo hace olvidar por su *entrain*, sinceridad y simpatía hacia su tema.

Así pues, merced a estas rectificaciones Sorolla pudo, no sólo introducir, con su predecesor Jiménez Aranda, el impresionismo en España, sino que logró mantenerlo pujante cuando ya la escuela había caído en relativo descrédito, debido a sus propios excesos. En ese aspecto más universal, Sorolla fué el colaborador y el continuador mediterráneo del gran pintor sueco Zorn, otro técnico maravilloso, que en todo le igualara si no le faltasen el gran empuje de ejecución y la superior elocuencia motiva del valenciano.

La obra de Sorolla, desde 1900 hasta acá queda así suficientemente caracterizada en su aspecto formal. Pero ella es demasiado extensa para que yo pretenda describíroslo, aun considerando su relativa pobreza temática y la homogeneidad de su inspiración naturalista.

En casi todos sus demás cuadros, la inspiración es la misma. Sorolla es, por excelencia, el pintor del hombre ante el mar. El